

El hijo del viento

Briam Segura



Capítulo 1

Se dice que nunca se respira el mismo aire dos veces; que nunca se estremece la piel con el suspirar de la misma brisa. ¡Se dicen tantas cosas del viento! Que el viento es como la vida, que se experimenta una sola vez o que pasa incluso más rápido que el tiempo. Se dice también que el viento se va y nunca regresa. Y por estas líneas que se le atribuyen al viento, es considerado por la opinión popular como una entidad que no agradece a quien contribuye con su existencia.

En base a estas legendarias opiniones acerca del original estilo del viento, el hijo del viento procuró formarse una actitud, una costumbre semejante a la de su padre; la de irse y nunca regresar. Pero no lo hizo con malas intenciones o con pretensiones de nunca agradecer nada; lo hizo porque escuchó el llamado de su génesis y pensó que debía reproducir las mismas características de su padre el viento. "Después de todo", pensó el hijo del viento, "somos tan libres que resultaría irónico estancarnos en un pedazo de la vida o andar de nuevo por los cielos andados".

Muy lejos del lugar donde el hijo del viento pensaba estas cosas estaba un hombre. Este hombre abonaba sus pequeñas parcelas con la infinita esperanza de obtener excelentes cosechas. También acariciaba sus enormes manzanos porque se pensaba que con el cariño de estos mimos los manzanos suministrarían excelentes frutos a sus acariciadores. En fin, este hombre pensaba lo opuesto al hijo del viento; pensaba que el mismo aire se respira muchas veces; que todo lo que se va tarde o temprano regresa porque la vida es como un bonito redondel donde todas las cosas transitan en círculos y siempre retornan al lugar de partida, sean malas o buenas.

Apoyado en estas fuertes creencias el hombre practicaba la generosidad; la acción de dar y la valentía de conjugar la solidaridad, sin embargo, todo lo hacía con la esperanza de recibir lo mismo que ofrecía. "Todo lo que hacemos", pensaban las fuertes creencias del hombre, "se nos devuelve tarde o temprano, por lo mismo solo haré cosas buenas".

Cierto día, por casualidad, el hijo del viento cruzó por los campos que el hombre abonaba. Al verlo, el hombre lo contempló con lástima porque el hijo del viento estaba cansado y aporreado por el cansancio de los viajes sin descanso. Así que tomó la rápida decisión de ayudarlo, obedeciendo sobre todo a las fuertes creencias; creencias que se podían resumir de una forma clara en dos de los estatutos más importantes de su cultura: hay que dar para recibir y hay que ayudar para ser ayudado; es decir, interés y miedo.

El hombre ayudó al hijo del viento con sus mejores dádivas, y como su ayuda fue grande, tomó la determinación de abonar con más abundancia

sus pequeñas parcelas y después se dedicó a esperar con ansias el regreso de su abundante retribución, pero esta nunca llegó, de modo que decidió esperar la ayuda del hijo del viento, pero este, conforme a su naturaleza, se fue y nunca regresó. Y el hombre, enfadado con la naturaleza del viento y con el hecho de que la vida no se había comportado como un bonito redondel, juró que nunca más en su vida ayudaría a nadie.

“Nada tiene que reprocharle el color negro al blanco, el frío al calor, el que ayuda a el que no lo hace, porque cada cuerpo, sustancia o propiedad conforman y ponen en circulación la esencia de nuestra naturaleza. Por lo tanto, cada entidad debe actuar conforme a su particularidad y sin esperar nada de otra entidad, ya que todas las entidades se complementan tal como son”.

“La naturaleza de las personas es igual a la del hijo del viento, es decir, que cada persona tiene un camino y un destino, y esta seguirá por su camino y en busca de su destino, la ayudemos o no”.

“Cada persona estará en nuestra vida el tiempo suficiente y luego se irá para siempre, y nunca más regresará, así que de nosotros depende si queremos ayudar cuando tenemos la oportunidad, sin miedo a un castigo y sin interés en el pago”.